



HISTORIAS DE LA MAR

EL CAPITÁN DE NAVÍO CALDERÓN



ORRE de mano en mano entre los oficiales veteranos de la Armada un libro de casi 400 páginas mecanografiadas que se lee con fruición y se comenta con hilaridad. Son las memorias («Ésta es mi vida») del capitán de navío don Manuel Calderón, escritas al final de los sesenta, y que han alcanzado cierta difusión en cuanto la fotocopidora empezó a ser un instrumento barato de uso común.

Y eso pese a que los primeros capítulos tienen una forma y un contenido tan irritantes que es difícil no arrojar el libro a la papelera: no porque sean aburridos o difíciles de leer, sino porque expresan tal fatuidad y arrogancia por parte de quien los ha escrito que es difícil no preguntarse qué hace uno perdiendo el tiempo con esa sarta de naderías casi ofensivas para la inteligencia del lector.

Pero de repente, los acontecimientos de la narración empiezan a tener preponderancia sobre las insufribles reflexiones del autor. Incluso tales reflexiones se contagian del dramatismo de los hechos y dejan de ser insufribles para convertirse en su poderoso complemento. Su petulante verborrea se convierte en la sobria consecuencia de unos hechos más que sorprendentes. También fue petulante Benvenuto Cellini, y más aventurero, camorrista y metomentodo que nuestro Calderón, y bien pudo serlo si ha llevado a cabo todo lo que relata en sus memorias. O, para no salirnos de la tradición del



aventurero-literato de nuestro Siglo de Oro, la comparación sería más apropiada con la «Vida del Capitán don Alonso de Contreras», cuyo protagonista, corsario en el Mediterráneo, ermitaño en el Moncayo, rey de los moriscos en Hornachuelos, que recorrió toda la América conocida y acabó su vida como caballero de Malta, siendo gobernador de la isla de Pantelaria, no sobrepasa en nada en audacia, inteligencia y desparpajo a nuestro Manuel Calderón. Como con los hechos narrados en las memorias de Cellini o en las de Contreras, se suele poner en duda lo que Calderón cuenta en «Ésta es mi vida». Si en las primeras es difícil averiguar su verdad o falsedad histórica, en la biografía de éste sería relativamente fácil verificar al menos sus rasgos generales. Pero tal cuestión no es el objeto de esta reseña. Nosotros sólo nos interesamos por la prodigiosa personalidad imaginativa

de Calderón, y para ello tanto nos da que él haya inventado con su actuación unos hechos que se produjeron en la realidad, como que los haya inventado en su pensamiento, para convertirlos, con un estilo ágil y sorprendente, en la mejor literatura. No nos interesa un protagonista que de una manera muy artificial sea espectador pasivo de nuestros «Episodios Nacionales», sino de quien se mueva entre ellos con el desparpajo de los personajes del género picaresco, del que estas memorias son continuadoras.

Todavía, después de los lamentables primeros capítulos, la narración no llega a tomar el ritmo notable del resto del libro. Los hechos del quinquenio republicano no son lo suficientemente dramáticos. Calderón, que nos había aburrido antes con sus consideraciones sobre su situación privilegiada de ahijado de la reina Cristina, obra consecuentemente y abandona la Armada para irse a trabajar de peón en un caserío vasco. Pronto tuvo que volver al servicio «para poder comer». Pero llega el 18 de julio y la guerra civil, y todo lo reiterado en los capítulos anteriores sobre sus altas relaciones con la monarquía, su filiación política carlista, su mano izquierda para conseguir influencias con los de arriba, su señoritismo rumboso para tener encandilados a los de abajo, su decisión para coger todos los toros por los cuernos y plantarse ante todos los enemigos a los que siempre acaba convirtiendo en incondicio-

nales amigos, su simpatía, su desparpajo y, casi podría decirse, su irresponsabilidad, alcanzan ahora un nuevo sentido. Ya no nos molestan porque son la clave que explica y torna verosímil la cadena de sucesos en los que estuvo implicado durante el alzamiento, la guerra civil y la guerra mundial. Comandante del destructor *Velasco*, ya veía venir la sublevación de las dotaciones de la flota, así que, aparte de emplear su simpatía en general para hacerse popular entre la dotación de su buque, atacó con su simpatía particular a los dos personajes, políticamente extremistas, de los que se había informado eran capaces de dirigir una sublevación: un contraamaestre y un cabo fogonero. Pronto ambos estuvieron dispuestos a dar la vida por su comandante. El relato de cómo lo consiguió es asombroso por su simplicidad y creíble a pesar de su excentricidad. De esa forma, el *Velasco* fue el único buque de los atracados en el arsenal de Ferrol cuya dotación fue fiel a su comandante.

Después de un par de acciones de guerra, Calderón pidió ser relevado porque se mareaba tanto que no creía tener la lucidez de espíritu que el ejercicio del mando requiere. Creo que ha habido muy pocos oficiales de Marina capaces de hacer esa petición, y si alguien lo ha hecho desde luego no lo escribe en sus memorias. Pero Calderón ya nos ha contado que él ingresó en la Escuela Naval porque se empeñó su madrina, la reina Cristina, y a pesar de que intencionada o inintencionadamente no contestase a una sola pregunta del examen. Seguramente él creyó que había más patriotismo, y desde luego sensatez, en pedir el relevo del mando si no se está en condiciones de ejercerlo eficazmente. Además, esta petición que tan poco gratifica su vanidad, nos hace concederle más crédito en otras ocasiones en las que estaríamos tentados de creer inventados por vanagloria algunos acontecimientos fantásticos. Por ejemplo, cuando ya tercero del crucero *Baleares*, y sospechando la existencia de una conspiración para hacerse con el buque en las pruebas de mar, al tener que llevar una multitud de obreros a bordo, intenta evitar esta salida hasta descubrir la conspiración. Razona con su comandante y, posteriormente, con el capitán general cuando aquél no le hace caso. Tampoco éste se lo hace, y, con el buque casi listo para zarpar, Calderón se presenta en el hotel «Ideal Room» donde se aloja un almirante alemán que, al parecer, había estado con Franco en Salamanca. Calderón le cuenta sus sospechas, y al día siguiente llega una orden del cuartel general de Franco deteniendo la salida del *Baleares*. A los pocos días se descubre la conspiración y se fusila a los cabecillas. El almirante alemán era... ¡el almirante Canaris!

Y no fue éste el único personaje célebre al que trató Calderón. Como Cellini, que estuvo en los acontecimientos más importantes (por ejemplo, el saqueo de Roma por las tropas del emperador Carlos), codeándose con los personajes más célebres (por ejemplo, con el condestable de Borbón, al que él mismo mató), Calderón estuvo metido en todos los fregados de la guerra, en todas las intrigas de la política, y en todas las momentos de interés histórico. Bien es verdad que a él le fue más fácil que a Cellini, porque, al ser destinado ayudante de Franco, tuvo las mejores ocasiones para encontrarse en el *lugar oportuno*.

Las funciones de ayudante de Franco no se parecieron mucho a la sosegada tarea que llevan a cabo nuestros actuales ayudantes. En todo caso tendría más parecido con aquellas relatadas en las «Memorias de un Ayudante de Napoleón» del conde de Segur; la más factible y tranquila de ellas podría haber sido de este tenor (cito de memoria): «Segur, reagrupe el cuerpo de ejército de Dupont, póngase a la cabeza y cargue contra el flanco derecho hasta alcanzar y destruir la artillería enemiga». Aunque más bien hubiera sido él, Calderón, el que hubiera dicho a Franco: «mi general, me voy a poner a la cabeza del cuerpo de ejército marroquí, ...» O, mejor aún, se hubiera ido a dicho cuerpo sin que se enterara Franco y le hubiera dicho a Moscardó que le dejara su cuerpo de ejército, etcétera. Pero desde el principio Calderón deja bien claro que ni entiende ni le gustan las operaciones en tierra. Sin embargo, en lo que no eran operaciones, por ejemplo, en campo de la política, sus audaces intervenciones dejarían en pañales a las del conde de Segur.

No fueron éstas siempre intervenciones de altos vuelos, porque a Serrano Suñer, tráfuga del carlismo a los más altos puestos de la Falange, que se atrevió a gritarle mientras le agarraba por las solapas del uniforme, le empujó escaleras abajo. Pero su intervención fue decisiva para que Franco no se presentase a una entusiasmada Pamplona luciendo sólo la camisa azul, y conseguir que al menos se pusiera la boina roja. Su manía a la Falange, su poca indulgencia con el *cuñadísimo*, su anti nazismo demostrado patentemente en sus relaciones con las fuerzas de ocupación alemana cuando después de nuestra guerra se encargó del destino, casi inventado por él, de *comandante militar de la frontera marítima con Francia y representante de la Marina francesa en los territorios ocupados*, sus intervenciones para conseguir indultos de Franco a diferentes personajes, sus constantes consejos políticos a éste («Franco de política estaba pez», afirma más de una vez) no siempre bien recibidos, y un largo etcétera, nos muestran un Calderón clarividente, y que incluso sería clarividente aunque todo lo hubiera inventado cuando escribió el libro en los años sesenta.

Pero donde su actuación sigue más en la línea «a lo Segur» es en el campo de la diplomacia. Por supuesto, asistió a la célebre entrevista en Hendaya entre Hitler y Franco. No estuvo dentro del vagón con los dos personajes, pero su intervención tuvo su importancia: le pasó antes de que entrara su propia pitillera de plata con doce cigarrillos a un Franco que en su vida había fumado, pero que comprendió enseguida las posibilidades que para un diálogo puede conceder el encender un pitillo, golpearlo por un extremo repetidas veces contra la pitillera, dar lentas chupadas en vez de hablar, dejarlo apagar para después encenderlo de manera que se consuma más tiempo que tabaco, etc. Calderón comprobó que, en efecto, cada vez que ambos caudillos salían del vagón a tomar un poco de aire, Franco estaba más sonriente y Hitler más cabreado. Franco nunca devolvió la pitillera, ni Calderón se atrevió a pedírsela.

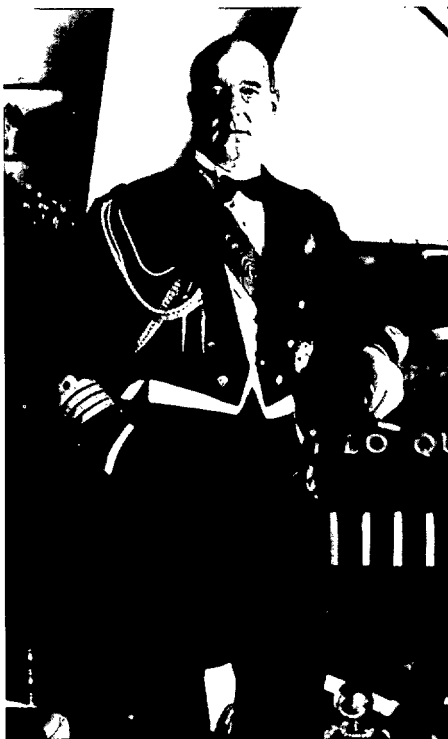
Se entrevistó con Salazar para recoger información sobre la masonería. Hizo pasar la frontera y se hizo muy amigo de Leopoldo de Bélgica y de los Rots-

child, que escapaban de los alemanes. Hizo canjes de prisioneros. Recuperó pesqueros vascos intervenidos en puertos franceses. Intimó de tal manera con Petain, en ocasión de pasar éste por la frontera para hacerse cargo del gobierno francés después de la derrota, que el viejo general le dejó de regalo su pequeño Peugeot particular. Posteriormente recibió de él el nombramiento de caballero de la Legión de Honor. Tuvo contactos con la resistencia francesa, a la que ayudó, entre otras cosas, a pasar a España en el maletero de su coche al piloto herido de un avión americano derribado cerca de Burdeos, salvando así para la historia de Hollywood a Robert Mitchum.

Su perspicacia sobre alta política internacional fue notable. Escuchó, creyó y posiblemente (no lo dice) comunicó a Franco (que «en política era como un niño»), la información que le dio un jesuita belga acerca de un *complot* masónico para instalar el comunismo en todo el mundo: Stalin, Hitler, Roosevelt y Eden se habían puesto de acuerdo para organizar una guerra que Hitler había de perder cuando el mundo estuviera lo suficientemente debilitado para poder instaurar fácilmente en él un comunismo universal. La mejor prueba de la veracidad de la información de tal *complot* la encuentra Calderón en que Hitler, en diferentes ocasiones, pudo ganar la guerra y se las arregló para no hacerlo: no tomar Gibraltar, la invasión de Rusia, no emplear armas atómicas cuya fabricación conocía, etc.

Otra intervención de alto nivel fue cuando sus amigos los militares y marinos alemanes del sur de Francia, con los que participaba en un odio común a la Gestapo y a la política nazi, pasaron a Franco, vía Calderón, un recado del gobierno alemán solicitando su mediación con los aliados para obtener las mejores condiciones sobre un posible armisticio. Como siempre, Franco comenzó por enfadarse con su ex ayudante: «¿Por qué se mete usted en eso, Calderón?, ¿no tenemos un embajador en Berlín?», pero como siempre acabó haciéndole caso e inició las gestiones solicitadas.

En fin, lo único que echamos de menos en la narración de sus actividades diplomáticas es que nos hubiera relatado el conocido chiste de una visita a



S. S. el Papa y la pregunta de alguna monjita de visita por el Vaticano: «¿Quién es aquel de blanco que está a la derecha de Calderón?».

Sorprendente y siempre admirable por su hombría de bien, su simpatía liberal de señorito monárquico, su profunda intuición psicológica, su personal comprensión de cada individuo, su valor, su astucia y, sobre todo, su lealtad a su querido general, por quien hubiera dado mil veces la vida, a quien no temía importunar, hacer enfadar, y al que era capaz de zarandear si la ocasión lo requería: en la ofensiva republicana sobre Brunete, Franco y alguno de su estado mayor acudieron a calibrar la situación a un observatorio, tan a vanguardia que pronto empezaron a recibir descarga de fusilería de las avanzadillas enemigas. Tuvieron que parapetarse, pero Franco, acostumbrado al espíritu que él mismo contribuyó a dar a la Legión, que un oficial delante de sus subordinados no se agacha por mucho que le estén paqueando, continuó, sin moverse y erguido, observando con los prismáticos. Calderón saltó sobre él, le rogó, casi le insultó («Usted no es ni general ni nada») y hasta llegó a tirarle de un brazo. «¡Cómo se atreve!» fue la áspera reprimenda. Pero al poco consistió en abandonar la zona, y cortó las excusas de Calderón con una frase seca, que era lo más que estaba dispuesto a hacer para comunicar a su ayudante que le agradecía su desvelo.

Pero sobre todo, admirable por sus dotes de narrador, de relator de acontecimientos, sus cualidades literarias, independientemente de testimonios y verosimilitudes, no deberían quedar en el anonimato de un libro mecanografiado y unas pocas fotocopias que no pueden alcanzar al gran público. Al menos, los que por profesión son sus compañeros de armas, deberían poder leerle digna y fácilmente.

Y éste es el objeto de esta reseña: solicitar desde las páginas de esta REVISTA al Servicio de Publicaciones se interese por editar esta joya.

Antonio DE QUEROL LOMBARDEO

